

PILAR DE VALDERRAMA, SI, SOY GUIOMAR

MEMORIAS DE MI VIDA

*Plaza y Janés Editores
Primera Edición 1981
367 páginas*

Al fin, se descubre el secreto: "Guiomar", la musa inspiradora de la penúltima fase de Antonio Machado no fue, ni una enteleguía de la imaginación, según parecían darlo a entender los propios versos del poeta:

"Todo el amor es fantasía
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía
inventa el amante y, más
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás";

ni una refundición espiritual de Leonor de Cuevas, su esposa, prematuramente muerta; sino una mujer de carne y hueso: la poetisa y dramaturga Pilar de Valderrama (1899-1979), autora de varios libros de poesía: *Las piedras de Horeb* (1923), *Huerto cerrado* (1928), *Esencias* (1930), *Holocausto* (1943) y de dos obras teatrales: *El tercer mundo* (1934) y *La vida que no se vive* (1934), inédita aún.

El libro, que es, tanto como un esclarecimiento, una respuesta a la expectativa creada en torno al tema, venía haciéndose necesario desde la publicación, por parte de Concha Espina, de su libro *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*, (Madrid, Cifesa, 1950). Como novelista al fin, Concha Espina, confidente de la poetisa, había "novelado", a partir de las cartas del poeta, algunas situaciones, cosa que defraudó a "Guiomar":

"Concha no me dio a leer el libro mientras lo preparaba y cuando ya impreso lo tuve entre mis manos, quedé defraudada... La obra estaba en las librerías con sus innecesarias invenciones novelescas..." (p. 791)

Posteriormente, en 1964, desaparecido ya el esposo de Pilar de Valderrama, Justina Ruiz de Conde, publica otro volumen sobre *Antonio Machado y Guiomar* (Insula), con el que se revela, definitivamente, el secreto de aquel amor "clandestino" entre la "poetisa y su poeta".

En el fondo, la razón última de estas memorias no es más que una: salir al paso de las elucubraciones y conjeturas sobre el asunto y clarificar de una vez para siempre la naturaleza de aquel amor "imposible" entre la "diosa", así la llama Antonio Machado y, "el hombre más humano y entrañable que he conocido", según la apreciación de la autora.

Sí, yo soy Guiomar se divide en cuatro partes: un prólogo, escrito por Jorge Guillén, en el que se recapitulan los datos más salientes del libro en cuestión; las memorias de Pilar Valderrama, un manojo de poesías de ésta, dedicadas a Antonio Machado y, el epistolario de éste.

Voy a decir algo sobre las "memorias" y las cartas.

Las primeras comprenden, no sólo los años de la amistad y correspondencia con el poeta (1928-1935) sino todo el "currículum vitae" de la autora, con sus inquietudes intelectuales y poéticas, con los avatares de la guerra civil, con sus infortunios y vicisitudes familiares. Entre los episodios más significativos se halla el encuentro de la poetisa con el poeta en la ciudad de Segovia. Fue un encuentro para siempre. Pilar de Valderrama se había refugiado allí para convalecer de una crisis matrimonial que la había llevado al borde de la desesperación. Su esposo le era infiel, pero ignoraba que lo fuera tanto. Cuando éste le declaró de golpe que la "muchacha con la que mantenía relaciones amorosas desde hacía varios años, había puesto fin a su vida arrojándose por el balcón de su casa" (p. 42) la impresión que le produjo fue insoportable. Sabía que su marido tenía sus aventuras y sus veleidades, pero no se imaginaba que pudieran desembocar en un drama como aquél y que durasen tantos años:

"El golpe fue de los que dan en pleno corazón, partiéndolo, triturándolo, dejándole sangrante en tu amargo despertar. Comprendí el porqué de su desvío hacia mí y sentí como si mi vida quedase truncada sin meta y sin destino" (p. 42)

Ese fue el motivo para refugiarse en Segovia y lo que la llevó a conocer personalmente al poeta que, a la sazón, se desempeñaba como catedrático de francés en el Instituto segoviano:

“No puedo expresar la emoción que tuve al encontrarme con él y estrechar su mano. Era el poeta tan admirado el que estaba ante mí; con su desaliño, sí, pero con un rostro bondadosísimo, una frente ancha y luminosa, una cabeza, en fin, admirable sobre un cuerpo alto, desgarrado y poco atractivo” (p. 43).

Desde aquel día se iniciaba una nueva vida para ambos.

Otro momento cumbre de sus memorias lo constituye la noticia de la muerte de Antonio Machado, ya concluida la guerra civil, que los separó física y espiritualmente. Pilar de Valderrama anota al respecto:

“Yo sé que sin mi ausencia, Antonio no hubiera escrito muchas cosas de las que publicó en Madrid, Barcelona o Valencia durante la guerra; ni hubiera pronunciado algunas conferencias que no eran dignas de él. Tengo además la absoluta certeza de que en esos artículos y poesías últimas, estaba yo. Lo estoy en esa amarga rebeldía, en ese escepticismo, en esa indignación que muestra, en ese “dolorido sentir”; sin mi alejamiento nada de ello hubiera sido como fue...

Cuando bastante tiempo después leí el soneto “De mar a mar” me cercioré de ello con gran amargura..... La incomunicación total de aquellos años, le llevaron a la convicción de mi olvido. En *Abel Martín* y *Juan de Mairena* hay una enorme carga de mi alejamiento. En su metafísica, en sus ideas ya escépticas, ya descreídas, sé que estaba yo”... (p. 68).

El dato no es solo curioso, sino revelador. Habrá de ser tenido en cuenta a la hora de interpretar la poesía y los últimos escritos del poeta. De hecho, una de las lecciones que se desprende de estas memorias es, precisamente, ése: la de la importancia de “Guiomar” en la génesis poética e ideológica de los últimos escritos de Antonio Machado.

Esta importancia la realzan, particularmente, las cartas. En ellas, Machado, que considera a “Guiomar” como la sucesora de la inmortal Rosalía” (p. 169) la llama “altar de mis creaciones” (p. 125) y le da fe de que no quiere pasar a la historia más que con un título: el de “su

poeta”. En una ocasión hablándole de la génesis de *La Lola se va a los puertos*, en la que dos de los versos más significativos son precisamente, de “Guiomar” (“El corazón de la Lola/ sólo en la copla se entrega, le declara textualmente Machado:

“En todo lo que escribo y escribiré hasta que muera estás tú, vida mía. Todo lo que en la Lola aspira a la divinidad, todo lo que en ella rebasa del plano de lo real, se debe a tí, es tuyo por derecho propio”. (p. 109-110).

Pero la máxima significación de Guiomar no se refiere al campo literario, sino al vital, al existencial, al del amor. Se trata de un amor absorbente, celoso:

“Porque nadie te mirara me gustaría que fueras monjita de Santa Clara” (p. 126)

Un amor que le produce una inmensa alegría: “Qué alegría Pilar, cuando te veo!

Es algo elemental que compara con la del niño que, después de haberse perdido entre un gentío extraño, encuentra a su madre, o algo más elemental todavía: el corazón me salta en el pecho, realmente loco, y no hallo manera de sujetarlo. Esto tiene también el amor: que nos vuelve a la naturaleza y nos revela nuestra fraternidad con todo lo que vive”. (p. 117)

Un amor que lo transforma, que lo hace “otro hombre”, que le obliga a exclamar:

“A ti y a nadie más que a ti, en todos los sentidos, ¡todos!, del amor, puedo yo querer”. (p. 158)

Pero no acaban aquí las propiedades magnéticas de ese amor. La sola presencia o visión esporádica de Guiomar lo hace vivir realmente:

“Día grande, porque te he visto, día santo!” (p. 168)

Y también:

“Fuera de estos momentos en que nos vemos el resto de mi vida no vale nada, ¡nada! diosa mía!” (p. 227)

Y no sólo vivir, soñar, realizar en sueños los imposibles de ese amor:

“He soñado que estabas junto a Segovia, paseando de noche por los claustros de El Parral. Allí nos encontramos a Don Miguel de Unamuno vestido de fraile cantando *La Marsellesa*. ¿Qué te parece el sueño? Después nos cogió de la mano, nos llevó al altar mayor, nos echó la bendición y desapareció” (p. 352).

A veces, el amor llega más lejos y le hace comprender que sólo él tiene la capacidad de hacer buenas a las personas:

“El amor, sólo el amor nos hace buenos, porque mata nuestro egoísmo”. (p. 310)

Y lo que es más todavía: el amor le hace presentir - metafísica cordial en la intrahistoria - la existencia de Dios e, incluso, el gran más allá de la vida eterna:

“Lo mejor de la historia se pierde en el secreto de nuestras vidas... Cuando pienso en ti, Pilar, vuelvo a creer en Dios, sobre todo, cuando pienso en lo que haces por mí” (p. 203).

Y de la mano de este sentimiento, otro, el de la perduración y la comunicación eterna con la amada:

“...sería horrible que, al cerrar los ojos aquí, no volviéramos a abrirlos en ninguna otra parte”. (p. 280)

Además de estas significaciones, el epistolario se halla salpicado de apreciaciones y de juicios críticos en torno a la literatura y a los literatos, a la política... Son los juicios y las apreciaciones que se emiten en la intimidad y a nivel de confidencia. Abundan las observaciones sobre la poesía del momento. Son los años en que él programa su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua, discurso que escribió, pero que no pronunció. La valoración epistolar de la poesía es la que encontramos en el discurso: técnica, cultura, imaginación, pero “falta de corazón” y de “intuición”. Sobre los literatos en general, emite juicios severos. He aquí uno:

“Para conservar la estimación que por sus obras merecen, es conveniente no conocerlos personalmente” (p. 279).

Otros:

“La gente literaria es terrible. Yo siempre he procurado tenerla a distancia”. (p. 285)

También enjuicia a las personas en particular: Los Quinteros, Alberto Insúa, Julio Romero de Torres, Azorín, D’Ors.... Sobre Unamuno, al que se siente muy estrechamente vinculado, obseva:

“Unamuno es un hombre de verdad entre las muchas máscaras que hoy se agitan... Su fondo es esencialmente religioso, hondamente cristiano y su reino no es de este mundo”. (p. 290)

Sin embargo, sobre Ortega y Gasset puntúa:

“Ortega tiene indudablemente talento, pero es, decididamente, un pedante y un cursi. Las dos cosas se dan en él en dosis iguales”. (p. 159)

Y, respecto a Lola Membrive, que llevó a escena parte de sus obras teatrales, anota con la crudeza de un bisturí que rasga los tejidos del corazón:

“Lola es una mujer de vanidad superlativa y, en el fondo, más *una cupletera* que una actriz. No puede soportar que nadie tenga éxito a su lado” (p. 286).

También sobre política se anotan algunas cosas, como su confesión de republicanismo “platónico” (p. 312), su defraudación de la República y su voluntad de permanecer al margen (p. 349) de toda intervención pragmática en el régimen...

En suma: *Sí, yo soy Guiomar* es, en su autoría múltiple, un libro de testimonio, confidencial y que nos sirve, no sólo para clarificar la naturaleza de una relación de amor y de amistad, sino para comprender la obra de dos protagonistas de esa relación.

Por: Javier Ciordia